

EXPLICACIÓN Y PREDICCIÓN DE LA CONDUCTA: ¿SIMULAMOS O TEORIZAMOS?

Tamara Ojeda Arceo
tamarceo@ull.es

RESUMEN

Todos los días empleamos lo que se conoce como «psicología popular» (*folk psychology*) para describir, explicar y predecir las conductas propias y ajenas. El debate filosófico que ha llenado las últimas décadas acerca de esta psicología popular es enormemente amplio. Aquí sólo vamos a contemplar un pequeño fragmento de esa discusión que gira en torno al debate entre la alternativa de la simulación y la teoría de la teoría.

Ambas posturas son extremadamente radicales. El objetivo de este trabajo es analizarlas, destacar sus puntos críticos y proporcionar, en la medida de lo posible, un esbozo de una propuesta híbrida que se encuentre a caballo entre aquéllas.

ABSTRACT

In our daily life, we use what is known as «folk psychology» to describe, to explain and to predict our own behaviour and the other's one. During last decades, the philosophical debate about this folk psychology is vastly wide. Here we only consider a little fragment of this discussion which centered around the debate between the simulation alternative and the theory-theory.

Both postures are radical. The objective of this paper is to analyze them, to highlight their critical aspects and to offer, as far as possible, an outline of a hybrid proposal that is halfway between both simulationism and theory-theory.

El hecho de que la práctica psicológica popular sea una actividad común y cotidiana parece no presentar mayor problema. Si dicha práctica es, en su mayoría, efectiva o no, constituye el tema principal del debate dividiendo las posturas en dos puntos de vista: aquel que parte de la idea de que la psicología popular no es efectiva y, por tanto, debe ser eliminada y aquel que afirma que, salvando algunos fracasos excepcionales, tal práctica constituye parte de nuestra vida diaria, es certera en la mayoría de los casos y sin ella seríamos incapaces de movernos en el entorno social.

Nos vamos a centrar en esta segunda alternativa donde, aunque no se discute la efectividad de la psicología popular, sí se debate acerca del modo en el que se ejecuta esta práctica. Aquí, de nuevo, volvemos a encontrar dos posiciones: aquella que afirma que en la explicación y predicción de la conducta propia y ajena prima la teoría y aquella que asevera que en la explicación y predicción de la conducta propia y ajena



prima la simulación. En la primera de ellas, conocida como «teoría de la teoría» («theory-theory»), los autores defienden una perspectiva en la cual el niño posee de manera innata una predisposición hacia la psicología popular, es decir, el niño desarrolla una teoría psicológica acerca de los estados mentales (ya sean propios o ajenos) que le permite explicar y predecir el comportamiento. En cambio, para los autores de la segunda alternativa, conocidos como simulacionistas, el niño no desarrolla ningún tipo de teoría ni lleva a cabo ningún proceso consciente de manipulación de información; el niño sólo aprende a ponerse en el lugar del otro cuando imita a los adultos que le rodean y es esta proyección hacia el otro lo que le permite explicar y predecir la conducta.

1. LA ALTERNATIVA DE LA «TEORÍA DE LA SIMULACIÓN»

El término «simulación» puede ser entendido en dos sentidos, los cuales no son excluyentes, sino que, todo lo contrario, se complementan mutuamente tal como veremos en el desarrollo de este apartado.

Desde el sentido común, la simulación es entendida como «adquisición de roles» o como «ponerse en el lugar del otro». Esta concepción del término incluye la «proyección» de uno mismo sobre el otro e incluso las respuestas automáticas tales como la imitación subliminal de las expresiones faciales o de los movimientos corporales.

En un sentido científico-cognitivo o teórico, se aísla al propio sistema de los mecanismos reguladores de la acción y se toma a aquél como un modelo manipulable de otros sistemas semejantes. De esta manera, como el sistema es tomado «off-line», los inputs y parámetros del sistema no están limitados a aquellos que regulan la conducta del sujeto, sino que son inputs que dicho sujeto adscribe a otro y los outputs que genere no son el comportamiento actual del sujeto, sino las predicciones y explicaciones que dicho sujeto realiza acerca de la conducta del otro sujeto.

Entendido así, el principio de la simulación está vinculado a otros dos conceptos. Por un lado, al argumento de la analogía sobre el cual se yergue, es decir, sobre la asunción de que existe una doble similitud: interna entre el sujeto simulador y el sujeto simulado; y externa, ya que al predecir y explicar la conducta de otro lo hacemos en virtud de un mundo compartido y mutuamente conocido. Por tanto, cuando tratamos de simular a alguien, ese alguien es o debe ser análogo a nosotros mismos porque, de lo contrario, el mecanismo de simulación no sería efectivo; nos ponemos en el lugar de aquellos que son similares a nosotros.

Por otro lado, al término de empatía, particularmente con lo que Gordon ha llamado «empatía facial»¹. El concepto de «empatía facial» nos remite al hecho

¹ GORDON: «Sympathy, Simulation, and the Impartial Spectator», *Ethics*, Summer, 1995.



de que las personas tendemos a imitar los movimientos de los músculos, sobre todo, las expresiones faciales. Así, los músculos faciales funcionan como comunicación de las emociones. De modo que cuando gesticulamos o emitimos sonidos vocales tendemos a producir la emoción que acompaña dicho gesto. Por eso, este proceso de imitación nos permite conocer el estado psicológico de la otra persona de un modo inmediato y no-inferencial, es decir, de manera automática y sin mediación de mecanismo consciente alguno. En otras palabras, según la evidencia empírica de los últimos años, los niños muestran una inclinación hacia la empatía, la cual se produce de un modo no-cognitivo, es decir, sin necesidad por parte del niño de reconocimiento de los estados mentales ni de mecanismo que permita transformar el propio sistema cognitivo del niño en el sistema cognitivo que pretende simular².

Sin embargo, el que se produzca esta empatía no es suficiente para que un individuo pueda interpretar, predecir o explicar las acciones de otro (de hecho, los niños de temprana edad no pueden ejecutar esta actividad); para que esto sea posible es necesario que el sujeto combine su disposición a la empatía con información acerca del otro individuo. Al integrar ambos elementos estamos simulando la vida mental de otro sujeto. De aquí se infiere que la simulación permite extender a otros sujetos las actitudes mentales que nos corresponden sólo a nosotros, es decir, se produce una transformación del sujeto simulador al sujeto simulado. De aquí que dicha transformación, como ya vimos, se sustente en la similitud entre los individuos.

Partiendo del argumento de la analogía, los sujetos somos capaces de sentir una aproximación hacia el otro debido a nuestra capacidad para generar un «mapa» entre la situación del otro y la nuestra propia. Evidentemente, estas relaciones se producen de manera totalmente inconsciente, prescindiendo por completo de conocimiento previo acerca del sujeto que estamos simulando. De este modo imaginamos un cuadro donde tenemos, por un lado, el objeto que pretende ser simulado y, por otro, el objeto análogo con el que lo relacionamos (que podemos ser nosotros mismos). En este cuadro se relacionan también todas las situaciones, emociones, y demás estados del sujeto objetivo con las del sujeto análogo, de manera que se produce una proyección del simulador al simulado, es decir, no se establecen sólo analogías entre la situación del simulador y la del simulado, sino que se infieren las emociones del segundo a partir del primero. Cuando esta situación se produce la explicación empática de la situación de una persona P es como sigue:

² Gordon afirma: «Ha sido observado que incluso los recién nacidos tienen una fuerte tendencia a imitar la conducta de otros seres humanos. Y esto es razón para pensar que dicha imitación conductual es un canal a través del cual los estados centrales de alto nivel como las emociones deben ser transferidas desde un individuo a otro. [...] Y hay al menos una explicación plausible de cómo la imitación conductual puede ser un canal para la transferencia de los estados centrales tales como las emociones. [...] La conducta produce cambios en la disposición y en la emoción presentadas e induce cambios psicológicos similares a aquellos que típicamente acompañan a la emoción. Esto podría explicar cómo, reproduciendo las expresiones faciales de otros, tenderíamos a «captar» («catch») las emociones de los otros. Llamaré al proceso «empatía facial». (Gordon, «Sympathy, Simulation, and the Impartial Spectator», cit., pp. 1-2).



P está en la situación S, que es análoga a mi S'.

P tiene el objetivo O, que es similar a mi O'.

Cuando yo me enfrenté a S', la cual afectó a mi O', yo sentí E' (es decir, S' y O' causaron E').

Por tanto, probablemente P esté sintiendo E, que es como mi E', provocado por S y O.

Es importante destacar que hacer este esquema no implica tener conocimiento explícito de la relación causal entre S y O y E, es decir, no implica tener una teoría psicológica acerca de los estados mentales, sino que simplemente se trata de *recordar* lo que hemos sentido ante S' y O' para saber que lo que P está sintiendo es E. A su vez, este modelo de explicación empática permite predecir el comportamiento del otro, en tanto que al entender que P está sintiendo E, predecimos la conducta de P como el resultado de sentir E, es decir, al inferir mis emociones (por ejemplo, que la situación S' me produjo la acción A') y al extendernos hacia el otro individuo, copiamos desde nosotros mismos (que somos el origen análogo) la acción A' y, sobre la base de las relaciones ya establecidas, concluimos que P hará A.

Es fácil observar cómo este entramado implica una perspectiva egocéntrica, en tanto que todo el proceso pasa por el filtro del yo, es decir, se requiere que uno primero reconozca sus propios estados mentales para luego inferir que el otro se encuentra en estados mentales similares. En otras palabras, todo lo que hace el sujeto es generalizar su propia situación y lo hace, por supuesto, de modo inconsciente y automático. Esto puede llegar a ser sumamente peligroso ya que puede producir lo que se conoce como «contagio emocional»³, es decir, si captamos las emociones de los otros simplemente a través de movimientos o gestos y de modo inconsciente, puede llegar a suceder que confundamos nuestras propias emociones con las emociones que captamos de los demás⁴. Por ejemplo, cuando vemos a un amigo que mira con miedo hacia un objeto, pero no podemos determinar la causa de dicha emoción, miramos alrededor buscando un objetivo plausible, esto es, buscamos algo que produzca miedo en nosotros. En otras palabras, el ver que una persona experimenta una emoción determinada ante un objeto nos produce en nosotros, debido al contagio, la misma emoción, a veces incluso, hacia el mismo objeto; de este modo, dicha emoción, que en nosotros sería de segunda mano, tiene las manifestaciones fisiológicas usuales como si hubiera sido originada en nosotros y, por tanto, afecta a nuestras decisiones del mismo modo en el que lo hacen las emociones que para nosotros son de primera mano.

No obstante, argumenta Gordon, la simulación únicamente correría este peligro si incurrimos en uno de estos dos errores: en primer lugar, si entendemos que en las relaciones que establecemos entre el simulador y el simulado, dichas

³ Ibidem.

⁴ El propio Gordon puntualiza que «Tú puedes coger una emoción, igual que puedes coger un resfriado, sin saber de quién lo has cogido». (GORDON, «Sympathy, Simulation, and the Impartial Spectator», cit., p. 2).

comparaciones entre ambos son isomórficas, es decir, que establecemos una correspondencia estructural perfecta entre el origen análogo y el objetivo. Sin embargo, esto no es así porque entre el simulador y el simulado se produce una relación de similitud, no de igualdad y, por tanto, la analogía ha de ser flexible y conformarse con correspondencias imperfectas.

En segundo lugar, y precisamente en aras de prevenir el contagio emocional, la simulación, afirman sus defensores, se lleva a cabo en lo que se conoce como sistema «off-line». En otras palabras, la simulación se produce tomando el propio sistema de manera off-line, esto es, desligado de los mecanismos de control de la acción. Así, tomamos el sistema de modo off-line y le introducimos la serie de inputs que creemos que el otro sujeto está percibiendo; a partir de aquí, inferimos lo que hará el sujeto simulado. Así, la toma de decisiones que realizamos al simular a otro está desligada ella misma de nuestra propia toma de decisiones y, al segregar ambos mecanismos, estamos separando la propia vida mental de uno mismo de la representación que uno se hace de la vida mental del otro y, de este modo, el sujeto simulador no corre el riesgo de que los inputs hipotéticos simulados afecten a sus decisiones y acciones del mismo modo en el que lo harían sus propios inputs originales.

2. CRÍTICAS A LA ALTERNATIVA DE LA SIMULACIÓN

La simulación no siempre es efectiva; de hecho sucede con frecuencia que fracasamos en nuestras expectativas acerca de la conducta de otras personas. Esta limitación constituye el punto de entrada para muchas críticas en contra de la teoría de la simulación, de las cuales aquí sólo vamos a ver las que atañen al argumento de la analogía y a la ideas de un sistema off-line.

Tal como vimos, la teoría de la simulación cuenta con la asunción de similitud entre dos individuos A y B. De modo que para predecir o explicar la conducta de B, tomo a A (o a mí mismo) que es similar a B y, a partir de él, infero la conducta de B. Hacer esto se puede considerar un experimento que no precisa conocimiento previo, ya que, como experimento, debe proporcionar un tipo de conocimiento bajo el cual se subsumen los eventos. En otras palabras, tomamos el mecanismo de simulación, lo alimentamos con unos inputs y recibimos de él una serie de outputs. Este procedimiento proporciona no sólo predicciones acerca del comportamiento de B, sino también conocimiento de generalizaciones empíricas bajo las cuales son subsumidos los eventos de la vida mental de B.

No obstante, cuando la predicción falla, los simulacionistas afirman que dichos fracasos se deben a un doble incumplimiento del principio de analogía: a) o bien A no es tan similar a B; b) o bien A no se encontraba en la situación correcta. Si estos dos factores se cumplen correctamente no hay motivo por el que la predicción pudiera ser errónea ya que contamos con la idea de que el simulador A, que es análogo al sujeto simulado B, en una situación determinada S', que es análoga a la situación S de B, debe implicar los mismos procesos psicológicos que implicarían si realmente estuviera en la situación S de B. Es más, afirman estos autores como Gordon y Goldman, si la predicción estuviera sustentada en teoría y la teoría fuera





falsa, la predicción incurriría en error con toda probabilidad. En cambio, como no está sujeta a teoría alguna, sino que surge como resultado de un experimento aislado de todo conocimiento previo, la predicción tiene más posibilidades de ser verdadera. De aquí se deriva la distinción que llevan a cabo entre predicciones correctas alcanzadas fortuitamente y predicciones correctas alcanzadas por entendimiento. El primer caso se produce cuando ambos sujetos comparten una teoría incorrecta, resultado de lo cual emerge una predicción correcta pero que no constituye conocimiento puesto que está basada en afirmaciones falsas y es fruto de la casualidad. En el segundo caso, la predicción sí genera conocimiento porque está basada en el entendimiento de la similitud entre los dos individuos.

En otras palabras, en los casos del fracaso de la predicción, estos autores siempre apelan a los inputs, afirmando que o bien hay una gran variedad de inputs que pueden generar una misma conducta, o bien que los inputs no cumplen el principio de analogía. No obstante, aun así el simulacionismo no consigue salir del escollo que supone el argumento de la analogía, ya que todas las posibles soluciones que plantean requieren de información colateral por parte del sujeto y el problema estriba en que dicha información es negada o rechazada por los simulacionistas. Según algunos autores, como Stich y Nichols⁵, hacemos predicciones erróneas debido a que nuestro método de predicción es *cognitivamente penetrable*, esto es, al contrario de lo que afirma la teoría de la simulación, nuestras predicciones están influenciadas por conocimiento o creencias previas acerca de la vida mental de los otros⁶. De este modo, la información que el sujeto simulador posee afecta a las predicciones que haga; no basta el hecho de que ambos individuos sean similares y dejar hacer a la simulación porque el propio proceso de simulación (aun tomado de modo off-line) está influenciado por la información adyacente del sujeto. Ésta es la única vía por la que se explican los errores diarios en la predicción y explicación, ya que si fuera como los simulacionistas afirman, tales errores no se producirían. De hecho, con respecto a la idea de que existe una gran variedad de inputs que pueden originar la misma respuesta, los propios defensores de la simulación afirman la necesidad de recurrir a

⁵ STICH, S. & NICHOLS, S.: «Folk psychology: simulation or tacit theory?», *Mind and Language*, v. 7, núm. 1, 1992, pp. 35-71.

⁶ Según Stich y Nichols: «Una ventaja de usar una simulación para predecir la conducta de un sistema es que no necesitas tener [ninguna] idea seria acerca de los principios que guían la conducta del sistema objetivo. Haz funcionar la simulación y mira lo que ocurre. A veces, por supuesto, una simulación hará algo que era completamente inesperado. Pero no hay problema. Si la simulación era realmente similar al sistema objetivo, entonces la predicción que proporciona será buena. En las predicciones basadas en la simulación, lo que no sabes no te herirá. [...] Justo lo contrario es verdadero para las predicciones que se basan en la teoría. Si estamos haciendo predicciones sobre la base de un conjunto de leyes o principios, y si hay algunos aspectos inesperados de la conducta del sistema que no son contenidos por nuestros principios, entonces nuestras predicciones acerca de aquellos aspectos de la conducta del sistema serán menos precisas. Las predicciones basadas en teoría son sensibles a lo que sabemos y no sabemos acerca de las leyes que gobiernan el sistema; son cognitivamente penetrables» (STICH & NICHOLS, «Folk psychology: simulation or tacit theory?», cit., p. 56).



información colateral acerca del sujeto para decidir qué inputs son los más apropiados para atribuirle. El propio Gordon afirma que la empatía no es suficiente para llevar a cabo predicciones y explicaciones de la conducta propia y ajena y afirma que los experimentos recientes lo corroboran al mostrar que los niños de alrededor de 6 meses aún no son capaces de llevar a cabo dicha tarea. Para realizar esta labor el sujeto ha de combinar la empatía con información colateral acerca del individuo, ya que la empatía por sí sola no nos capacita para explicar y predecir la conducta, sino que es necesario que el sujeto simulador sea capaz de entender nociones intencionales (tales como creencia y deseo) y esto implicaría estar en posesión de un conocimiento previo acerca de nociones psicológicas. Recordemos que estos autores recurren a la creación (imaginaria) de unas relaciones donde se establecen conexiones entre el simulador y el simulado; pero, no obstante, para realizar estas relaciones el sujeto ha de poseer conocimiento acerca de los estados mentales y acerca del background histórico y social tanto de sí mismo como del sujeto simulado; pero recurrir a este tipo de información implica poseer conocimiento previo acerca de la mente y experiencias pasadas del otro; conocimiento que niegan totalmente los simulacionistas.

Por otro lado, con respecto a la empatía, cabría plantearse si ésta funciona sólo como elemento transmisor de emociones o, por el contrario, también permite captar otro tipo de información, ya que autores como Gordon afirman que la relación empática se produce entre emociones, es decir, cuando un sujeto manifiesta algún tipo de afectación y otro sujeto simula dicho estado; puesto que, además, este mecanismo proporciona información acerca del sujeto simulado, de modo que, podríamos decir, las emociones funcionan como vía de comunicación de información. Sin embargo, muchas veces tratamos de explicar y predecir conductas meramente cognitivas y, para ello, no nos basamos en la simple captación de emociones sino en información acerca de la otra persona (referente a sus estados psicológicos, su background, su modo de actuar pasado y presente, etc.). En este caso, ¿también usamos el método de la simulación para explicar y predecir la conducta del prójimo?, o en otras palabras, ¿tenemos que sentirnos empáticos con la otra persona para dar cuenta de su conducta?

Asimismo, habría que añadir que apelar a los inputs, por parte de los simulacionistas, como origen del error es un argumento *ad hoc* porque, aunque si bien es cierto que al hacer esto salvan el propio sistema de la simulación, también lo es que con ello quiebran uno de sus factores elementales, a saber, los inputs que atribuimos a los otros. Y aquí volvemos sobre lo mismo. Para atribuir los inputs correctos el simulador ha de conocer al simulado, ya que dicha atribución no puede ser arbitraria. Esto reafirma la idea de los teóricos de la teoría acerca de que el sistema de predicción y explicación es cognitivamente penetrable.

Otro tipo de argumentación que suelen esgrimir los detractores de la teoría de la simulación consiste en lo siguiente⁷: la teoría de la simulación se yergue sobre

⁷ En DAVIES, M. & STONE, T.: «Folk Psychology and Mental Simulation», en O'HEAR, A. (ed.): *Current issues in philosophy of mind* (Royal Institute of Philosophy Supplement, vol. 43), Cambridge: University Press, 1998, pp. 53-82.



la idea de que al hacer introspección de nuestras predicciones acerca de la conducta de otras personas, a veces parece que procedemos imaginando cómo nos comportaríamos en su situación; nos ponemos en el lugar del otro, es decir, parece que nuestras predicciones dependen de la posibilidad de que mi «ser imaginativo» en una situación dada produzca los mismos procesos psicológicos en mí como los produciría si yo estuviera realmente en dicha situación. Pero imaginarse en una situación no produce los mismos sentimientos que emergerían si realmente estuviéramos en esa situación; a lo sumo, imaginamos o recordamos lo que sentiríamos o hemos sentido en situaciones similares.

A este respecto, los autores de la teoría de la teoría afirman que al simular, en vez de construir un modelo y ponerlo a funcionar, de lo que se trata es de imaginar el modelo y ver cómo se comporta. Pero en esto existe un problema y consiste en que aunque es posible imaginar a una persona en una situación dada, no está tan claro cómo podríamos imaginar con éxito la conducta del sujeto sin tener información previa acerca de la conducta de los sujetos en situaciones como ésta. En este sentido, cuando la simulación usa un modelo real, el mundo dice cómo se comportará el modelo, pero cuando no hay un modelo real al que mirar (porque sólo estamos imaginando la simulación), tiene que haber una estructura de conocimiento previamente internalizada, tácita e inconsciente que guíe la simulación. Cuando imaginamos la conducta de un sujeto, el sistema puede funcionar de dos modos diferentes: en uno de ellos, sí poseemos un sistema cognitivo real al que observar cuando realizamos la simulación: nosotros mismos; éste es el caso donde se da una relevante similitud entre los sujetos. En el otro caso, la simulación en la imaginación está guiada por una teoría tácita; éste es el caso donde tratamos de explicar y predecir la conducta de personas que no son similares a nosotros. Supongamos que estamos intentando entender los sentimientos de una persona de una cultura diferente o de una persona que es diferente a nosotros física o mentalmente (como es el caso de los autistas)⁸. Al intentar esto, estamos estableciendo «analogías de larga distancia» donde es inevitable la aplicación de teoría para compensar las situaciones y fines dispares; en estos casos, sin la ayuda de un conocimiento previo no sería posible la construcción de una analogía apropiada⁹.

El otro bloque de críticas se centra en lo que los autores han llamado sistema off-line. Suponiendo que podamos tomar al propio sistema de manera off-line, éste consistiría en desligar el sistema de toma de decisiones (constituido por creencias, deseos, emociones...) de los controladores de la acción. De esta manera sería posible tomar decisiones sobre las que no se va a actuar. Al tomar al sistema de toma de

⁸ Cabe señalar que aquí también hay que mencionar el caso donde se produce la empatía con otras especies de animales como pueden ser perros, monos,...

⁹ «Debido a que la otra persona es muy diferente de ti, debe ser muy duro para ti encontrar un origen análogo desde tu propia experiencia que tenga cualidades y estructura causal que sean similares a las de la otra persona. La empatía está particularmente indicada para fallar si tú no estás motivado para hacer el esfuerzo de construir un origen análogo cuando la recuperación simple produce error» (BARNES & THAGARD, «Empathy and Analogy», cit., p. 14).

decisiones de manera off-line, podemos alimentarlo de inputs hipotéticos (es decir, creencias y deseos que actualmente no tenemos pero que atribuimos a la persona cuya conducta estamos intentando predecir). Si todo esto fuera posible, el sujeto no tendría que hacer nada; simplemente se limitaría a esperar que el propio sistema generase una respuesta; no hay aquí ningún mecanismo consciente, todo se mueve en un nivel implícito. Por tanto, no hay necesidad de usar una especial estructura de conocimiento, ni lo que se conoce como psicología popular estaría siendo usada.

No obstante, aquí nos tropezamos con varios problemas. En primer lugar, parece un tanto difícil que las personas sean capaces de desligar el propio sistema de los mecanismos controladores de la acción y usarlo de modo off-line de manera que pueda ser alimentado por cualquier input hipotético sin que provoque una decisión real en el sujeto simulador. Además, los defensores de la simulación afirman que este proceso es inconsciente pero ¿qué sucede cuando queremos hacerlo de manera consciente?, ¿el proceso de simulación también es off-line? Cuando tomamos nuestro propio sistema y le introducimos los inputs que creemos que está percibiendo el sujeto, cuya conducta intentamos predecir, el resultado que generará, más bien, será fruto de una combinación de varios factores: los inputs que atribuimos al otro sujeto, junto con *nuestras* propias creencias, deseos, emociones,... además de la información que tenemos acerca del otro. Por lo tanto, la simulación no es un proceso tan automático, como podría serlo la imitación de las expresiones faciales, como pretenden sus defensores. Además la idea de tomar al sistema de modo off-line nos lleva a plantearnos otra cuestión. ¿El sistema off-line se aplica para la inferencia de las emociones? Según los autores la transmisión de emociones implica una inferencia por parte del simulador a partir del simulado; una inferencia que tiene su origen en la empatía (empatía facial). Pero este proceso no toma al propio sistema de manera off-line, sino todo lo contrario, lo toma de modo «on-line». Esto nos lleva a pensar que la simulación (y sobre todo en su forma off-line) no es un mecanismo inconsciente, sino que ha de ser un mecanismo consciente donde el sujeto baraja varios elementos.

Una posible solución para esto sería hacer una distinción entre dos etapas del aprendizaje: en la primera de ellas, los niños captan emociones de modo automático, inconsciente, no-inferencial, etc.; en la segunda, el sujeto ya es capaz de abstraerse (para tomar sus propio sistema off-line), de generalizar (para proyectar su yo en el otro), de poseer información colateral (para establecer las relaciones de analogía...), etc. Sin embargo, esta propuesta ya no sería simulacionismo o, por lo menos, no al modo en que lo entienden autores como Gordon y Goldman.

3. LA TEORÍA DE LA TEORÍA Y SUS CRÍTICAS

Grosso modo, los defensores de la teoría de la teoría parten del hecho de que las personas somos competentes a la hora de predecir y explicar la conducta de otros. La explicación que ofrecen de este hecho es que tenemos una buena teoría de cómo funciona el sistema de control de la conducta humana. Esta teoría es la que se conoce como «psicología popular», la cual es supuestamente mantenida por las personas de todas las culturas y niveles de inteligencia, ya que su funcionalidad



radica en poder desenvolvemos en el entorno social, es decir, nos permite proponer estados mentales inobservables que se conectan o bien a otros estados mentales o bien a conductas observables mediante una serie de principios. Cuando estamos en situaciones observables aplicamos dichos principios y, por inferencia lógica, generamos explicaciones y predicciones del comportamiento propio y ajeno.

No obstante, vamos a profundizar un poco más en lo que sería esta propuesta. Dentro de la propia postura que defiende la efectividad de la psicología popular podemos distinguir dos sentidos del término «psicología popular»:

externista: desde esta perspectiva, la psicología popular es una teoría implícita en nuestro hablar cotidiano (público, externo) acerca de los estados mentales. En nuestra vida diaria hacemos comentarios donde relacionamos experiencias sensoriales con estados mentales, estados mentales con otros estados mentales y estados mentales con conducta. Según algunos autores, hacer comentarios como éstos implícitamente define los términos psicológicos como «creer», «querer», «desear»...

internista: desde esta perspectiva la psicología popular es una teoría de la psicología humana que está representada en el cerebro-mente y que sostiene nuestra capacidad diaria para predecir y explicar la conducta de nosotros mismos y de los otros. Es una estructura de datos o una representación del conocimiento que media entre nuestras observaciones del comportamiento en ciertas circunstancias y nuestras predicciones y explicaciones de dicho comportamiento.

En lo que sigue nos centraremos en la perspectiva internista de la psicología popular, ya que es esta perspectiva la que entra en debate con el simulacionismo. En otras palabras, si la teoría de la simulación resulta ser verdadera, la versión internista de la psicología popular ha de ser falsa; pero, aunque esta última resulte ser falsa, la versión externista podría seguir siendo verdadera y compatible con el simulacionismo, ya que éste puede mantener la idea de que nuestro hablar diario sobre estados mentales constituye implícitamente una teoría de la mente.

Por otro lado, es importante destacar que el hecho de optar por la versión internista de la psicología popular no nos compromete a priori con ninguna teoría acerca de la adquisición de dicha teoría. De hecho, si uno se decanta por esta versión se le presentan tres opciones a elegir:

el mecanismo de adquisición consiste en una cuestión de crecimiento de un módulo innato: desde esta perspectiva se trata de un proceso de crecimiento biológico. Según esta propuesta, la psicología popular estaría plasmada en un módulo de la mente que sería innato y genéticamente dado y que crecería con el desarrollo normal del niño. Este desarrollo requiere influencia por parte de la experiencia pero, es importante destacar, el desarrollo central no es por aprendizaje o teorización, sino que es innato.

el mecanismo de adquisición es un proceso de aprendizaje o teorización: desde esta perspectiva la teoría de la mente es aprendida sobre la base de la experiencia. A pesar de introducir el elemento del aprendizaje, esta versión mantie-

ne que tiene que haber algún tipo de base inicial innata, la cual es concebida como una especie de *tendencia* hacia estos procesos de adquisición. Pero, no obstante, el mecanismo en sí es aprendizaje.

el mecanismo de adquisición es un proceso de aprendizaje mediante la enseñanza o enculturación: esta perspectiva es una combinación de simulacionismo y teoría de la teoría, con lo que permite mayor libertad a la hora de adoptar cualquier mecanismo de adquisición descrito más arriba.

Es importante resaltar que cuando tratamos la cuestión de la psicología popular hay que distinguir entre su modo de adquisición y su modo de aplicación. Con respecto al modo de adquisición, los teóricos de la teoría se decantan por una de las tres opciones planteadas más arriba. Ahora bien, es en el modo de aplicación donde encontramos la discusión entre simulacionistas y teóricos de la teoría.

No obstante, en líneas generales podemos decir que los teóricos de la teoría defienden la idea¹⁰ de que la aplicación de la psicología popular en nuestra práctica diaria de explicar y predecir las conductas está apoyada, nos dicen estos autores, en experimentos recientes con niños, donde se muestra que aquellos niños de 3 o 4 años, que aún no poseen conocimiento acerca de los estados mentales, equivocan sus respuestas cuando se trata de adscribir estados mentales a otros y predecir la conducta de otros. En cambio, los niños mayores de 5 años, que sí poseen ya un conocimiento previo acerca de cuestiones psicológicas, sí son capaces de realizar con éxito las tareas de adscripción y predicción¹¹.

Otro aspecto crucial para esta perspectiva internista de la psicología popular y que ya tocamos al tratar las críticas hacia la teoría de la simulación es la idea de

¹⁰ En STICH, S. & NICHOLS, S.: «Folk psychology: simulation or tacit theory?», *Mind and Language*, v. 7, núm. 1, 1992, pp. 35-71.

¹¹ La interpretación de autores como Stich y Nichols de la evidencia empírica es la siguiente: «La explicación ofrecida por el experimentador es que los niños más jóvenes están usando procesos mentales bastante diferentes al afirmar lo que ellos saben y al afirmar lo que el otro niño sabe. Para responder a la pregunta «¿sabes lo que hay en la caja?» los niños usan lo que los experimentadores llaman la «respuesta por procedimiento de comprobación» («answer check procedure»). Ellos simplemente comprueban para ver si tienen una respuesta a la pregunta arraigada en su base de conocimiento y, si es así, responden afirmativamente. Para responder a la cuestión acerca del conocimiento de otro niño, los niños mayores usan lo que los experimentadores llaman un «acceso directo por procedimiento de comprobación» («direct access check procedure»). En efecto, ellos se preguntan a sí mismos si el otro niño miró en la caja o si se le dijo algo acerca de su contenido. Si es así, responden afirmativamente. Si no, responden negativamente. Sin embargo, los de 3 años no usaron este procedimiento. Ellos simplemente comprobaron si el otro niño había formulado un enunciado correcto acerca del contenido de la caja. Si no fue así, el sujeto dijo que el otro no lo sabía. Un modo muy natural para describir la situación es que mientras que los niños más jóvenes saben que las personas que dicen *que p* típicamente creen o saben *que p*, estos niños no han aprendido aún que las personas llegarán a saber *que p* viendo y diciéndoles *que p*. Los niños más jóvenes han adquirido un fragmento de la psicología popular, mientras que los niños mayores han adquirido una pieza más sustancial de la teoría. Sin embargo, los niños mayores no han dominado enteramente la teoría, como indican otra serie de experimentos» (STICH & NICHOLS, «Folk psychology: simulation or tacit theory?», cit., p. 54).





que el sistema de razonamiento práctico (o sistema de toma de decisiones) es cognitivamente penetrable. Según esta idea, la predicción de la conducta se deriva de una teoría o información y, por tanto, esta capacidad para predecir se ve afectada por el conocimiento o ignorancia del sujeto acerca del dominio en cuestión. Para la teoría de la simulación, tal como se explicó más arriba, dicho conocimiento o información resultaba irrelevante para la ejecución de esta actividad. Esta diferencia acerca de la predicción basada en la teoría y la predicción basada en la simulación es relevante en la medida en que permite a los teóricos de la teoría dar una salida alternativa al problema del error en la predicción. Esta explicación no recurre a los fallos en la adjudicación de inputs, como hacen los simulacionistas, sino que afirman que dichos errores se deben a fallos o lagunas en la información o conocimiento por parte del sujeto. «A menudo, sin embargo, estos casos¹² serán fácilmente acomodados por la teoría de la teoría, la cual puede atribuir el error al hecho de que la información internalizada sobre la que el sujeto se basa es errónea o incompleta. Si hay algún proceso psicológico que es desconocido a la psicología popular, y si este proceso afecta a la conducta de las personas en un tipo dado de situación, entonces no es sorprendente que los sujetos que se basan en la psicología popular para predecir cómo otros actuarán en esta situación se equivocarán en sus predicciones»¹³.

Ahora bien, una vez nos adentramos en la aplicación de esa teoría, el procedimiento es como sigue: «si uno quiere x , cree que $\neg x$ a menos que z y también cree que puede producir z , entonces (ceteris paribus) uno intenta producir z ». En otras palabras, una persona tiene ciertos deseos, creencias y emociones, a partir de los cuales realiza ciertas inferencias y lleva a cabo un acto de cierto tipo. Ésta es la interpretación de la acción que lleva a cabo Fodor¹⁴, y que Gordon ha denominado «metodología fría». No obstante, apelar a esta metodología fría no es razón suficiente para optar por la teoría de la teoría ya que se puede realizar una reinterpretación de la misma situación desde la «metodología cálida». Según este tipo de metodología, una persona P_1 adquiere información acerca de la situación, background y comportamientos de otra persona P_2 mediante simulación. De modo que P_1 usa sus propias fuentes para simular la mente de P_2 como mejor puede y, a partir de ahí, continuando en la piel de P_2 , predecir lo que hará P_2 . Lo más relevante de esto es que el simulador no tendría que categorizar sus emociones (no tiene por qué conocer la teoría de las emociones), sino que únicamente tendría que usarlas. Parece evidente que usamos esta metodología para explicar y predecir nuestras propias acciones y las ajenas en situaciones hipotéticas y parece que lo hacemos sin la necesidad de categorizar la emoción o de apelar al conocimiento de una teoría de los estados mentales. Del

¹² Se refiere a los casos de fallo de la predicción y que el simulacionismo resuelve apelando o bien a diferencias entre el mecanismo de toma de decisiones del que predice y del que es predicho o bien a una asignación de creencias y deseos simulados no adecuados.

¹³ En CARRUTHERS, P. & SMITH, P. (ed.): *Theories of theories of mind*, Cambridge University Press, 1996, p. 49.

¹⁴ FODOR, J.: *Psychosemantics: The Problem of Meaning in the Philosophy of Mind*, Cambridge, Mass: MIT Press, 1987.



mismo modo, seguir el esquema [deseos y creencias → acción] implica adoptar una concepción de la racionalidad entendida ésta como coherencia. En otras palabras, conlleva suponer que las personas somos racionales y actuamos coherentemente según nuestras creencias y deseos sobre los cuales llevamos a cabo una serie de inferencias lógicas que nos conducen a la acción. No obstante, la actuación de los sujetos en la vida diaria muestra que pocas veces se actúa bajo este modelo.

Con respecto a la cuestión de que el mecanismo de predicción está basado en teoría o información, los simulacionistas apelan a la economía de almacenamiento. Resulta imposible pensar que una persona guarde un inventario acerca de la vida mental de otra. En aras del principio de economía, los teóricos de la simulación afirman que sólo se almacena un conjunto de operaciones que permiten realizar modificaciones en una persona dada que pretende transformarse mentalmente en otra. Ese conjunto de operaciones se refiere a la disposición o tendencia del sujeto a ponerse en el lugar del otro (a la empatía). Por tanto, estas consideraciones de economía sugieren que el conocimiento acerca de otras mentes pertenece a una categoría no de pensamiento especulativo sino de saber-cómo, esto es, saber cómo transformarnos nosotros mismos en otros (siempre, claro, sin perder la propia identidad).

Por otro lado, el hecho de que la teoría de la teoría afirme estar avalada por resultados experimentales, no constituye un argumento concluyente porque los teóricos del simulacionismo también afirman que su explicación del mecanismo explicativo-predictivo basada en la simulación también está apoyada por evidencia empírica, ya que experimentos recientes demuestran que los niños están sujetos a errores en la explicación y predicción de la conducta de los otros hasta que conocen cómo y cuándo hacer modificaciones imaginativas en su propio sistema de toma de decisiones para simular el sistema de toma de decisiones de los otros. Esta rigidez en su saber-cómo impone limitaciones a los niños según algunas de las cuales ellos siempre predecirán como si cualquiera de los hechos posibles para ellos fuese posible también para los otros. Esta evidencia empírica no encuentra explicación desde la teoría de la teoría, pues ésta únicamente intentaría justificar tales resultados estipulando que los niños sólo han adquirido una parte de la teoría psicológica popular, una parte que no incluye las creencias. Pero esto no es más que un argumento *ad hoc*.

Finalmente, me gustaría concluir este apartado acerca de la teoría de la teoría profundizando en uno de sus aspectos más relevantes, léase, el innatismo. No vamos a profundizar demasiado en este tema, ya que por sí solo, el tema del innatismo es demasiado complicado y amplio como para tratarlo aquí debidamente. Únicamente vamos a hacer alusión a aquellos aspectos relacionados con la psicología popular.

Retomando la línea innatista de autores como Chomsky¹⁵ y Fodor¹⁶, los teóricos de la teoría como Carruthers y Botterill defienden una modularidad masiva en lo

¹⁵ CHOMSKY, N.: *Language and problems of knowledge: the Managua lectures*, Cambridge Mass; London: MIT Press, 1988.

¹⁶ Las formulaciones fodorianas del innatismo y de la modularidad las podemos encontrar en FODOR, J.: *The modularity of mind: an essay on faculty psychology*, Cambridge Mass; London: MIT



que a la mente se refiere; es decir, tanto los sistemas de entrada como los centrales son modulares. El hecho de que la mente esté organizada en módulos, explican estos autores, es un hecho evolutivo, donde la mente del ser humano ha evolucionado hasta llegar a estar modularmente estructurada. Además, esta organización modular permite explicar el disociacionismo (a saber, aquellos casos donde los sujetos presentan un déficit en su teoría de la mente, lo cual puede ser causado o bien genéticamente o bien por daños en el cerebro) y la rigidez en el desarrollo (léase, el desarrollo cognitivo parece ser rígido porque encontramos uniformidad en las capacidades cognitivas de los adultos independientemente de su cultura y lenguaje). Sin embargo, Carruthers y Botterill también admiten la existencia de sistemas centrales no-modulares, cuyas características primordiales serían la conciencia y el no-encapsulamiento. Por tanto, procesos como el pensamiento y la toma de decisiones, que son procesos conscientes, son no-encapsulados y no-modulares. El resto de los procesos, que están a un nivel inconsciente, son modulares. En lo que respecta a la psicología popular, desde la postura de Carruthers y Botterill, la teoría de la mente o la capacidad para leer la mente es un módulo del sistema central. Y la evidencia que parece confirmar esta afirmación es la rigidez que muestran los niños en el desarrollo. Carruthers y Botterill afirman¹⁷: «El hecho de que nuestra capacidad para leer la mente exhiba una rigidez en el desarrollo debería ser, por sí mismo, fuertemente persuasivo en este punto. Si leer la mente fuera un producto de la teorización o instrucción social, entonces sería bastante extraordinario que todos los niños alcanzaran la misma habilidad a la misma edad (alrededor de los cuatro años), independientemente de las diferencias de inteligencia e inputs sociales. Aun considerando la variación usual que se encuentra en un proceso de *maduración* genéticamente controlado, esto es lo que encontramos». Estas variaciones toman lugar en un nivel lingüístico y consciente de la teoría de la mente y, por esta razón, no sólo verifican la idea modularista sino que además la refuerzan porque, como dijimos más arriba, la estructura modular sólo se encuentra en aquellas capacidades que sean inaccesibles a la conciencia.

De este modo, apelar a las variaciones culturales en las creencias psicológicas populares no cuenta como evidencia para el mecanismo de enculturación como medio para adquirir la teoría de la mente, ya que tales variaciones sólo evidenciarían diferencias en el vocabulario de la teoría de la mente y en las creencias acerca de la mente que cada cultura conscientemente articula en el lenguaje. Pero si la teoría de la mente es un módulo, y estos autores así lo creen, es independiente del lenguaje y, además, las operaciones internas básicas de este módulo serían inaccesibles a la conciencia.

El problema fundamental de esta postura es el estatus que otorga a la habilidad del ser humano para explicar y predecir la conducta, la cual no parece ser una

Press, 1983. También en FODOR, J.: *A theory of content and other essays*, Cambridge Mass; London: MIT Press, 1990. Y finalmente en FODOR, J.: *The mind doesn't work that way*, Cambridge Mass; London: MIT Press, 2000.

¹⁷ CARRUTHERS & BOTTERILL: *Philosophy of Psychology*, Cambridge Mass; London: MIT Press, 1999, pp. 78-79. La cursiva es mía.



mera capacidad y, por tanto, es concebida como un sistema de conocimiento. Ya que este corpus de conocimiento viene fijado de modo innato, el proceso de desarrollo consiste en un proceso de maduración. Aquí la experiencia es relegada a un segundo plano, cuya única función es «despertar» dicho proceso.

Ciertamente, si el innatismo se refiere a cierta determinación biológica hacia el aprendizaje del lenguaje, podríamos admitirlo; pero, en este caso, esta determinación sería una capacidad o tendencia del sujeto para adquirir una estructura compleja como la lingüística; dicha estructura estaría causada biológicamente y su origen probablemente sería la plasticidad del organismo humano. Pero esta postura está muy lejos de la perspectiva innata mostrada aquí, donde el niño sabe de antemano lo que va a aprender. Así, aunque podríamos admitir ciertas estructuras lingüísticas o reglas gramaticales, parece que la propuesta de un cuerpo innato de información es implausible, ya que dicho corpus está construido con el lenguaje y éste, a su vez, es adquirido por la experiencia.

Asimismo, parece poco sensato afirmar que la maduración sea un proceso que se desarrolla al margen de toda experiencia, si tenemos presente el caso de aquellos sujetos que no son capaces de alcanzar este nivel de maduración debido a la ausencia de estímulos lingüísticos. El argumento al que se recurre para rechazar esta idea, tal como vimos anteriormente, apela a la rigidez del conocimiento; sin embargo, la homogeneidad en las capacidades cognitivas de los adultos puede ser explicada mediante la adquisición de cierto lenguaje; no importa cuál. La cuestión relevante es que la estructura lingüística, como elemento que sistematiza la mente, permite que estas capacidades se desarrollen; pero esta estructura lingüística no madura sin que un lenguaje humano sea adquirido. Y eso sólo es posible a través de la experiencia. A diferencia de otros animales (como los patos), el ser humano necesita algo más que el «triggering» para aprender lo que necesita para moverse en su entorno.

Por otro lado, de acuerdo con los últimos avances en el estudio del cerebro, parece evidente que el cerebro posee una serie de módulos, cada uno de los cuales realiza una función determinada, y si este módulo del cerebro es dañado, el sujeto deja de ser capaz de realizar ciertas actividades que antes sí podía. Por tanto, y a la luz de esta evidencia, no pretendemos oponernos al modularismo, si lo entendemos de este modo, donde simplemente establece un modo de funcionar la mente/cerebro. Pero el problema surge cuando identificamos estos módulos con algo más que una capacidad. Como ya señalamos, Carruthers y Botterill distinguen entre procesos conscientes e inconscientes. Los primeros son no-modulares, no-innatos y están vinculados al lenguaje natural mientras que los segundos son modulares, innatos y estarían sujetos con una clase de lenguaje mental o lenguaje del pensamiento, que permitiría a los sujetos tener pensamientos en un nivel inconsciente. De este modo, los animales y los niños pre-lingüísticos tendrían pensamientos¹⁸. Afirmar esto es

¹⁸ Esta teoría que relaciona la conciencia con el lenguaje y el pensamiento es desarrollada en CARRUTHERS, P.: *Language, thought and consciousness. An essay in philosophical psychology*, Cambridge University Press, 1996.

sostener muchas más cosas que el mero hecho de que los módulos son simplemente mecanismos procesuales; implica una estructura y un contenido. Desde nuestro punto de vista, el pensamiento es lenguaje y el lenguaje es consciente. No hay pensamiento sin lenguaje y no mantenemos la idea de que los niños pre-lingüísticos puedan pensar. A este nivel, los niños sólo perciben y organizan, de cierto modo, lo que han percibido a través de sus capacidades, pero no piensan. Pensar implica una actividad lingüística consciente.

Por tanto, no representaría ningún problema admitir una determinación biológica (o innatismo) con respecto a ciertas estructuras o reglas que son capacidades del sujeto, es decir, modos de funcionar la mente/cerebro. El problema emerge cuando de esto se deriva que la cuestión innata es el lenguaje o cierta teoría; en este caso, la teoría de la mente. Parece ser un hecho probado que el niño posee ciertas capacidades innatas o biológicamente determinadas que le permiten explicar y predecir la conducta propia y ajena a través de mecanismos como la abstracción o la empatía. Pero de esto no podemos deducir que lo que el niño posee innatamente es una teoría de la mente o psicología popular. La psicología popular es una construcción social y, por tanto, como teoría social que es, es característica del entorno cultural en el que es aprendida.

4. CONCLUSIONES

A lo largo de este pequeño trabajo hemos expuesto brevemente el debate referente a la teoría de la simulación. Hemos visto cómo esta alternativa flaqueaba ante algunas críticas. Ciertamente dicha perspectiva se sustenta sobre una asunción acerca de la similitud que no siempre se da entre dos individuos. Cuando esta similitud falla, la teoría de la simulación se queda sin respuestas. Asimismo uno de sus argumentos más rígidos es el que apela al sistema de toma de decisiones de modo «off-line». No obstante, también vimos cómo este mecanismo flaqueaba a la hora de responder cuestiones acerca de la conciencia.

Sin embargo, tampoco pretendíamos inclinar la balanza hacia el lado de la teoría de la teoría frente a la alternativa de la simulación. En la última parte de la exposición vimos cómo los argumentos de la teoría de la teoría también son susceptibles de críticas que no parecen solventar con facilidad. Así, parece increíble pensar que toda persona que realice predicciones acerca de la conducta de otra en situaciones que además llenan nuestra vida cotidiana tenga que poseer un conocimiento detallado acerca de los procesos mentales de los otros. Parece improbable desde el punto de vista del almacenamiento y desde la perspectiva de que dicha actividad sea un procedimiento tan sumamente elaborado y consciente. Del mismo modo, también vimos los problemas relativos al innatismo en lo referente a la psicología popular.

Hemos expuesto los argumentos tanto de la teoría de la simulación como los de la teoría de la teoría y hemos visto cómo ambos se ven debilitados ante críticas que no son capaces de resolver. La alternativa que pretendíamos mostrar con ello es una alternativa intermedia, donde la predicción y explicación de la conducta propia y ajena son observadas como mecanismos híbridos que combinan los





procesos de simulación de los estados mentales del otro junto con cierta información, no específica ni detallada, sino de carácter general y sencillo acerca de la vida mental de los otros. Esto no exigiría al sujeto la posesión de una teoría psicológica acerca de los estados mentales y una actuación racional y consciente en la práctica diaria de explicar y predecir la conducta propia y ajena. Pero tampoco colocaría al individuo en un estado de permanente inconsciencia. Se trata de una combinación de ambos procedimientos que quizás se sucedan en distintas etapas del periodo de adquisición del mecanismo de explicación-predicción y que ya esbozamos en el apartado acerca de la críticas al sistema «off-line». De este modo, en su etapa más reciente el niño emplea la simulación como mecanismo de transmisión de información y de interacción con el medio pero, a medida que avanza su desarrollo, el sujeto va adquiriendo un lenguaje cada vez más complejo y sofisticado y una teoría acerca del medio que le rodea que posteriormente empleará en su tarea de explicar y predecir la conducta. Estableciendo ciertas limitaciones que veremos a continuación, podríamos considerar que esta postura se encuentra teorizada por Carruthers en lo que él llama «simulacionismo circunscrito por la teoría». Carruthers es un teórico de la teoría que defiende, como ya vimos en el apartado anterior, una perspectiva modularista acerca del proceso de adquisición de la psicología popular. Por tanto, mantiene la idea de que dicho desarrollo posee un carácter innato; el mecanismo de adquisición de la teoría consistiría en el desarrollo de esa psicología popular que se encuentra ya en el niño de manera innata. Carruthers rechaza incluso las posturas que dan un papel relevante al aprendizaje, si bien considera que puede haber cierta influencia por parte de la experiencia en el desarrollo del niño; es en este punto donde el autor ubicaría el mecanismo de la simulación¹⁹. Ahora bien, si queremos hacer una propuesta de alternativa híbrida tendríamos, como dijimos más arriba, que poner limitaciones también al papel que otorga Carruthers a la teoría de la teoría, ya que desde su perspectiva la teoría de la teoría seguiría manteniendo íntegras todas sus cualidades, entre ellas, el innatismo, mientras que la teo-

¹⁹ Carruthers afirma: «El resultado es que para predecir lo que alguien, quien considera una reflexión, que contiene un concepto tal como *cúbico*, hará o pensará, yo tendré que predecir la regla inferencial de este concepto. Podría hacer esto desplegando una porción de lo que sería una teoría extensiva de conceptos, cuyas cláusulas especificaran severamente las condiciones de posesión para el rango completo de conceptos disponibles. Pero es inmensamente implausible que yo nunca hubiera tenido la oportunidad de aprender dicha teoría e incluso más implausible que fuera innata. [...] Además hay una alternativa fácil yo puedo *simular* el papel del concepto en la vida mental del otro contando con mi comprensión de este mismo concepto, insertando pensamientos que lo contengan dentro de mi sistema de razonamiento, para ver entonces lo que yo estaría dispuesto a hacer o pensar como un resultado.

«La clase de papel limitado para la simulación esbozado más arriba es algo a lo que un teórico de la teoría no tendría principal objeción, en mi opinión. [...] Dicha propuesta deja en [su] lugar el framework fundamental, y definido, de la teoría querido por los teóricos de la teoría, mientras permite a la simulación un papel en la generación de predicciones de grano-fino y en la explicación de pensamiento, sentimientos y acciones de otras personas» (CARRUTHERS, P. & SMITH, P. (ed.): *Theories of theories of mind*, Cambridge University Press, 1996, p. 25).

ría de la simulación se vería ampliamente reducida. Desde la perspectiva que se pretende defender en este trabajo, elementos como el innatismo no tienen lugar, tal como vimos en el apartado anterior, razón por la cual introducimos la simulación como punto de arranque del proceso de adquisición del mecanismo explicativo-predictivo. Cabe destacar que esta postura de optar por una propuesta híbrida entre el simulacionismo y la teoría de la teoría supone una puerta abierta al debate y a futuras investigaciones.

